

UMBRAL DE LAS TINIEBLAS

de Carlos M. Federici

63. EL LÍMITE DEL HORROR



R EINÓ, de súbito, un silencio oprimente. No corría brisa alguna. Las llamas de las teas ardían casi sin ondular. Una luna de siniestra palidez, grotescamente incompleta, se cernía sobre la escena.

Con impresionante lentitud, el supuesto sacerdote alzó los brazos. Me sacudió un escalofrío de asco: al efectuar el ademán, aquellos brazos quedaron totalmente al descubierto, y pude notar que los codos no estaban en el lugar debido.

—*Ghutgah!* —resonó en la noche su gangoso clamor— *Ghutgah mgwalgn f' thaghn... AFGHM' ALWHG!*

—“*Ghutgah* que duermes en lo profundo..., ¡ven aquí!” —susurró el barón Bathory en mi oído.

Varias voces, en tono de veneración execrable, corearon aquella invocación. Acto seguido, el sacerdote volvió a repetirla, casi aullándola, y tras ello tornó a abatirse sobre nosotros el peso intolerable del silencio.

Durante unos segundos no ocurrió nada más.

Entonces, toda la piel del cuerpo se me erizó. Las ramificaciones de un pavor incontrollable se expandieron por mi ser. ¡De algún sitio llegaba el sonido de una extraña música!...

—**C**ARAMILLOS —identificó el barón, en tenso murmullo—. Hechos de huesos humanos ahuecados...

La melodía era indescriptible. Contenía más blasfemia y abominación en sus simples notas, que todo cuanto hubiese podido concebir en mi más afiebrado delirio. Sentí que no iba a poder soportarla. El ritmo se hacía más y más vivo, más y más sugerente de prohibidas dulcedumbres...

Cesó bruscamente, como cercenada de un hachazo. Aliviado, dejé escapar un suspiro.

Pero mi alivio fue fugaz. Me puse rígido de pronto, y toda la sangre huyó de mis venas, congelándose en la médula de mi creciente pavor.

Un tufo insoportable, preñado de corrupción, se precipitó sobre mí hasta revolverme las entrañas. Era como respirar el vaho descompuesto de una fosa; como si la misma Muerte me echase a la cara su aliento pútrido. Casi podía oír el horripilante susurro que producían las larvas al roer...

Entonces lo vi.

Dicen que existe un límite para el horror, traspuesto el cual se inhibe toda capacidad de espanto. *Aquello* debió serlo. No comprendo cómo no perdí la razón en ese instante inenarrable. Sin embargo, así fue: me vi cara a cara con ello y logré soportarlo.

La sangre se me había convertido en agua o hielo; los ojos se me saltaban de las órbitas, forzando las comisuras de los párpados, y mis dedos se hundían en el suelo con desesperación animal...

...¡Pues de la misma tierra donde se celebraba aquel sacrílego ritual surgió de súbito una entidad cuya obscena naturaleza me resisto a describir!

E RA A medias gusano y a medias antropeide; tenía largos brazos de repugnante palidez, y todo él semejava una hinchada y horrible larva ahíta de carroña. Densa y viscosa baba le fluía de la espantosa boca, donde una doble hilera de dientes triangulares, afilados como dagas, entrechocaba continuamente, con escalofriante chasquido. Sus ojos eran dos glóbulos blanquecinos, ciegos, infames...

No sé cómo lo hice —quizá fue una parte de mi mente, ajena al pánico que me atenazaba, la que obró por sí sola—; el hecho es que una de mis manos aferró la cámara miniatura y, casi sin intervención de mis facultades conscientes, accionó el disparador apuntando a aquello.

Ignoraba, en ese instante, que me faltaba experimentar aún el mayor de los horrores. Vi, inmovilizado por el pánico sin freno que me embargaba, que la Cosa Infernal se movía... Y entonces fue cuando, en verdad, rocé las fronteras de mi resistencia.

¡En pocos segundos, con mayor celeridad de la que fuera dable concebir, la monstruosidad estuvo sobre la mujer del altar!

¡Y, transido de repulsión, lo vi inclinarse sobre ella y hundirle los babeantes colmillos en el vientre, mientras la víctima, estremecida en los espasmos de un inaudito deleite, entonaba un grotesco salmo de abominación!

La negrura de la inconsciencia se cerró sobre mi torturado espíritu. No supe nada más, tras el golpe de mi frente contra la tierra fría y húmeda. ¡Acababa de trasponer el límite de mi resistencia!...

(Continúa)

SIGUE: "UNA VICTORIA"... ¡EL DESAFÍO AUDAZ A LOS OBSCENOS PODERES DE LAS TINIEBLAS! ¡POLETTI Y EL BARÓN BATHORY SOLOS CONTRA LA ABOMINACIÓN SUPREMA..., CONFIANDO EN LOS SECRETOS DE LA MÁS HORRENDA ERUDICIÓN PARA PROTEGERSE! ¿DE QUIÉN SERÁ EN DEFINITIVA LA VICTORIA DEL TÍTULO?... LECTOR AMIGO: ¡CUIDADO CON LO QUE SIGUE! ¡ABSTÉNGASE DE LEER ESTE RELATO POR LAS NOCHES... Y MENOS AÚN SI SE ENCUENTRA SOLO EN UNA CASA VACÍA!... ¡CONSTE QUE SE LO ADVERTÍ..., LUEGO NO ME LO REPROCHE!

ALGO SOBRE EL AUTOR

Nacido en Montevideo en 1941, Carlos M. Federici debutó en la narrativa en 1961, con el cuento "*El Secreto*", aparecido en la revista "*Mundo Uruguayo*" (hoy extinta). Desde 1968 comienza difundir sus relatos policíacos, de fantasía y de ciencia ficción en el mercado internacional, siendo posteriormente traducido a varias lenguas. Es autor de seis novelas, y paralelamente ha tenido incursiones en el cómic, habiéndosele otorgado diversos premios en certámenes literarios a lo largo de su trayectoria.

Panorama de su obra en:

<http://urumelb.tripod.com/autores/federici/index.htm>

"*El Umbral de las tinieblas*" es copyright 1985-2016, Carlos M. Federici.

SI A TI TE INTERESA CONECTARTE CON EL AUTOR AQUÍ ESTÁ SU DIRECCIÓN DE CORREO:

cmfederici@hotmail.com